



## La muerte de dos rebeldes

por Virginia VIDAL



**MANUEL ROJAS SEPULVEDA** tenía 77 años y Benjamín Subercaseaux Zañartu, 71. Manuel recibió el Premio Nacional de Literatura en 1957 y Benjamín, en 1963. Manuel

murió en la madrugada del 11 de marzo y el corazón de Benjamín dejó de latir en la mañana de ese mismo día.

Manuel era un niño proletario que apenas fue a la escuela y empezó a trabajar antes de cumplir los doce años. Benjamín estudió en los Padres Franceses, en el Instituto Nacional, en la Escuela de Medicina, se titula en la Sorbona en Psicología General. Pertenecía a una de las familias llamadas aristocráticas.

Difícil sería encontrar a dos hombres más diferentes por su origen, por su formación, por sus experiencias vitales.

Manuel Rojas desempeñó los más variados y humildes oficios, fue un vagabundo impenitente hasta que se asentó como obrero tipógrafo. La situación política le impidió seguir trabajando en la imprenta de los anarquistas. Partió entonces rumbo al sur, como apuntador de una compañía de teatro. Luego seguiría su trabajo de obrero y se adentraría más y más en el mundo de la creación literaria. Para él esa fue una tarea ardua. Fue su tarea de la vida. Trabajó con el idioma como un obrero hasta obtener la maestría para dominar sus materias. Ello le permitió entregar a nuestra literatura las más ricas páginas sobre los hombres que él conoció, sobre sus anhelos, sus sueños, sus apetitos, sus frustraciones, su afán incesante de encontrarse a sí mismos y poder dar cauce a sus pensamientos y a sus existencias.

Benjamín Subercaseaux dominaba varios idiomas. Viajó por innumerables países, investigó, escribió mucho, sin encontrar trabas en las editoriales.

Un día regresó a su patria como dueño y señor para redescubrirla, para compararla, para encontrarle la medula. Entonces escribió "Chile o una loca geografía". Este libro es la obra primera de nuestro descubrimiento.

Fue Gabriela Mistral quien lo comprendió en toda su magnitud, inbuyendo al mismo tiempo el porvenir que le esperaba: En su recado "Contadores de Patrias", la poetisa lo comparó con el otro gran rebelde, Edwardo Bello:

"Más de un compatriota va a zarandearlo por la gruesa columna de reparos que levanta en frente de la chilenidad. Hijo ausente de media vida, regresa trayendo en la inteligencia unos pesos y medidas que difieren muchísimo de los usados en nuestras balanzas, allí, en el arca patria, como tal cerrada y poco amiga de la luz cruda"...

"Mucho me temo que haga compañía en su soledad magnífica al bueno de Joaquín Edwards Bello, gran descontento en cuanto a gran exigidor de la chilenidad. Me ha dejado siempre perpleja el gesto encrespado que pone el chileno al oír el nombre de su periodista ilustre. A nuestro crítico social le conviene el mote de "tábano", que se daba a Sócrates en cuanto a hostigador de la masa. ¿Qué sería del corcel-pueblo o del buey-burocrático sin su Tábano, santo Dios? Este le hace alzarse y volver la cabeza, pesada de hueso frontal; le pone a resollar coléricamente y así a respirar con viveza y hace relumbrar sus pobres ojos de santobuey de Carducci —acéptalo todo. Edwards Bello ha cumplido el duro oficio de desagradarnos y aún el de sacarnos de quicio. Nadie más criollo que él y más gozador de los cogollos sanos de nuestra costumbre; pero mal podía casarse con la vanidad pechierguída, la miseria mental y la torpeza política.

Ahora va usted a sentarse bajo el mismo árbol del apóstol zumbón. No le envidio la tormenta, pues habiendo picado sólo de paso al Buey Apis de la pedagogía criolla, yo saqué de mi ocurrencia varias lastimaduras... Pero ¿adónde iríamos a parar si viviésemos atolados en el plasma oleaginoso de la complacencia o si acabásemos por asfixiarnos, embetunados en la glosura pegajosa que es la autoadulación patriótera?"



Benjamín Subercaseaux conoció Chile y a sus habitantes con los cinco sentidos. No tuvo falsos pudores para aprehender todo lo bello ni para exhibir todo lo repugnante o injusto del objeto de su pasión. Supo como pocos expresar cuanto de alienado y alienante hay en nuestras vidas de chilenos, cuántos prejuicios, cuánta inseguridad en la búsqueda apremiante por ser nosotros mismos.

Con qué claridad demuestra cómo Chile no tuvo nunca estadista, cómo se duele de las vacilaciones de nuestro gobierno ante el momento decisivo de repudiar el fascismo, con qué firmeza se apoya en Mac Bride para presentar el latifundio insultante, con cuánto amor augura para su patria un futuro en el mar, un futuro en los bosques con que debieran arbolearse las tierras erosionadas.

Subercaseaux conoce Chile como si hubiera pasado sus manos por todo el territorio, lenta, cuidadosamente, con delectación y tacto de amante y ojos de médico, acostumbrado a ver el cuerpo por fuera y por dentro.

Muchos de sus planteamientos pueden ser discutibles, acaso menos discutibles que escandalizantes para los pudibundos y pacatos.

En "Jemmy Button" intenta el esfuerzo gigantesco de captar las características psíquicas de algunos de nuestros aborígenes y lucubra sobre la proyección que ellos han tenido en el espíritu nacional.

Esta es una de las novelas incógnitas, como casi toda su obra, que es fruto de la pasión, del conocimiento, de la lucidez, del desgarramiento resultante de un profundo amor.

Manuel Rojas, por sus sendas, "a pie por Chile", descubrió otras facetas de este rostro múltiple de nuestra nación.

A ambos los une el espíritu crítico, la inconformidad ante el adocenamiento y la autosatisfacción.

Como en "Punta de rieles", Manuel Rojas y Benjamín Subercaseaux son los rieles paralelos que convergen en un solo vértice allá en el horizonte.